

:: [portada](#) :: [Opinión](#) ::

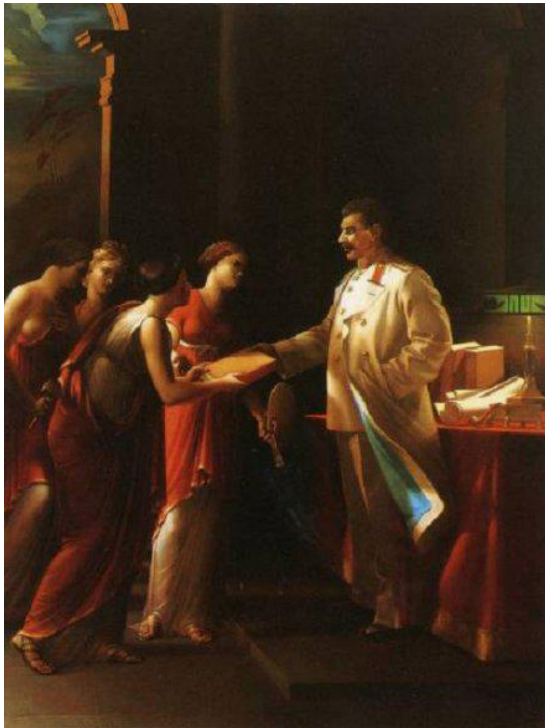
22-05-2012

Un Marx desconocido

La *Deutsche Ideologie* (VII): Stalin y Marx

Nicolás González Varela

Rebelión



"Stalin es el 18 Brumario de la revolución."

(Saguidulin, dirigente bochevique, 1937)

"Tu espíritu, Stalin, es más luminoso que el Sol"

(Zozulia, poeta ruso, 1937)



"Stalin, y no añado nada más. Todo está contenido en ese nombre inmenso.

Todo: el partido, la patria, el amor, la inmortalidad. Todo."

(Prokofiev, poeta ruso, 1936)

Excursus: la relación de Stalin con la herencia literaria de Marx: Ya hemos dicho que el *Manuskripte* maldito tenía poco valor salvo, como ya lo señalamos, como anticuariado, cantera de materiales inconexos y pieza nostálgica. Tanto en la URSS como en el mundo cultural de la socialdemocracia europea si bien se reconocía el valor genealógico de *Die deutsche Ideologie*, en el fondo se la pasaba de alto en su contenido completo, en su valencia política y filosófica, centrándose exclusivamente en el texto canonizado *ad autoritas* por Engels, exclusivamente las tesis sobre Feuerbach y poco más. Increíblemente, en este punto coincidían tanto los revisionistas de la socialdemocracia alemana (tanto en el ala izquierda, Mehring; como en el ala derecha, Bernstein) como la nueva ortodoxia stalinista cristalizada en el *Dia Mat*, auténtica ciencia de la legitimación.

Existe una inveterada tradición de hagiógrafos e incluso los críticos de Stalin en considerarlo un *homo faber*, una eminencia gris, un animal maquiavélico, con una razón instrumental y una naturaleza poco dotada para la *grand Theorie*. ¿Stalin era la encarnación del desdén absoluto de las ideas y del empirismo permanente? En la Unión Soviética existió un tiempo donde el nombre de Stalin se había situado no sólo junto al de Lenin, sino un poco más adelante que el de Engels y Marx. Stalin era una de las fuentes seminales y autorizadas del ya maduro pensamiento comunista en la etapa superior (y decrepita) del Imperialismo y en la consolidación del Socialismo.

Además era un (EL) intérprete autorizado del sentido histórico y universal de la doctrina bolchevique en el tiempo y en el espacio. Se editaron sus obras completas en dieciséis volúmenes bajo el prestigio y la prestigiosa cobertura filológica del Instituto Marx-Engels-Lenin de Moscú, de la cuales se imprimieron trece hasta el día de su muerte. Se tradujeron en casi todos los idiomas importantes. A pesar de todos estos antecedentes ilustrados, sin embargo ha sido habitual entre los enemigos faccionales y detractores de Stalin (una contrahagiografía inaugurada por su Némesis, Trotski: "no es un filósofo, ni un escritor, ni un orador") hablar con desprecio de su talento como teórico, subestimar su talento literario o sus conocimientos de Marx o los teóricos del socialismo europeo. El erudito Bujarin, protagonista de la anécdota histórica que narraremos, decía que su característica esencial era la flema, llamándolo "un Gengis-Khan que, aunque había leído a Marx, no



lo había comprendido en absoluto"; Smirnov y Kamenev lo consideraban una mediocridad provinciana; Krestinsky decía que era un hombre inquietante con ojos amarillentos y nada más; Trotsky afirmaba que era la más eminente mediocridad del partido bolchevique; Sverdlov decía que era un buen chico, poco culto pero demasiado individualista. Como un mecanismo psicológico de reducción de disonancia es más fácil creer que un hombre sombrío, un profesional de la política, provinciano llano de la periferia del imperio zarista ("ignorante semianalfabeto", le llama Souvarine, su primer biógrafo),¹ semiculto asiático, un mero vulgarizador de Lenin, una "mancha gris" (Sujanov) fue el que torció la maravillosa alborada del socialismo nacida en octubre de 1917. Pero no sólo la literatura política subestima la dimensión intelectual de Stalin, sino incluso historiadores modernos más serios (como Laqueur que afirma que como pensador fue mediocre y sus ideas carecieron de carisma, un "líder inverosímil") y casi toda la disciplina académica llamada "Sovietología". En relación con Stalin, "el hombre que se expresaba con gruñidos" (Trotsky) nos resulta dificultoso ahondar en su faceta como lector, estudioso e intelectual, no existe un archivo comparable al de Lenin o Mussolini, ni tampoco será posible reconstruirlo en el futuro, ya que una parte importante de sus papeles fueron destruidos deliberadamente por sus herederos, incluidos sus objetos personales. Como Stalin se legitimaba políticamente considerándose a sí mismo como fiel continuador del Leninismo, todos aquellos documentos o actividades autónomas del propio Stalin fueron ocultados, silenciados o eliminados físicamente. La idea de que era un cero a la izquierda, la ideología doméstica de ser una mancha gris, un albacea político de "voluntad prodigiosa" (Trotsky) era vital para que su régimen fuera considerado a los ojos de las masas un apéndice natural de las enseñanzas eternas de Lenin.² Que consideremos a Stalin un vulgarizador, un seminómada desclasado o un campesino georgiano semiculto es otra de las grandes victorias de Stalin sobre la posteridad. Ocultar que Stalin era un erudito, con ideas independientes y originales de Lenin (aunque las mimetizara-vulgarizara bajo al etiqueta del *Dia Mat*) con sus propias ideas de qué era el Marxismo (y qué no era Marxismo) o el lugar de Marx en el desarrollo del Leninismo, fue una razón de estado, un arcano político cerrado bajo siete llaves. Stalin sabía jugar ese juego, cuando el mediocre biógrafo Emil Ludwig le preguntó si se consideraba un heredero del zar Pedro El Grande, Stalin simplemente le contestó: "soy simplemente un discípulo de Lenin". En la primera biografía oficial publicada de Stalin, escrita por su secretario personal y bibliotecario Iván Tovstujá,³ es uno de los primeros jaloneos en la elaboración de la cuidadosa leyenda de que Stalin simplemente fue "auxiliar y partidario de Lenin", su "fiel mando derecha": la imagen poco presuntuosa de Koba como un discípulo fiel, apóstol sin reproche, escudero incansable en la lucha contra la izquierda y la derecha del partido. Stalin es un Dalai-Lama, re-encarnación repetida de su sagrado predecesor, "el más eminente dialéctico materialista de nuestra época" (como decía el filósofo oficial Mitin).⁴ La literatura sobre Stalin y la sovietología en general han

desafiado, por pobre y superficial, el tratamiento de esta nunciación de Marx (y de Lenin), al situarse con los procesos y transformaciones políticas y económicas, con el gran escenario histórico de la estructura. El rol de Stalin como filósofo y reconstructor-destructor de las ideas de Marx quedaba en las sombras o era considerado un contrasentido, ya que era "Sura Baseadgi".⁵ Un día en París me encontré por casualidad a un amigo de Stalin, el escritor y filósofo ruso de la época, un caso que me llevó a pensar en el hecho de que Stalin era un discípulo de Lenin.



Rebelión



Rebelión



Rebelión



Rebelión